

Real; y por último, se dejaba ver el monarca armado y montado en un caballo cubierto hasta los pies con un terciopelo azul sembrado de flores de lis bordadas de oro. Llevaba un sombrero forrado de terciopelo encarnado, en cuya parte superior había una borla de hilo de oro. Entonces empezaron á usarse en Francia los sombreros en lugar de las caperuzas que habían llevado todos hasta aquel tiempo. Iban detrás del rey sus pages, y llevaba á los lados al rey de Sicilia, al conde de Maine su hermano, al conde de Clermont, hijo primogénito del duque de Borgoña, á los condes de Nevers y San Pol, al mayordomo mayor, al baillío de Caux con el pendon ó escudo de armas, cubierto con una tela azul en que había tres flores de lis de oro, cerrando la comitiva un número considerable de caballeros de la primera nobleza. El conde de Dunois salió al encuentro del monarca con el arzobispo de Rouen, los obispos de Lisieux, Bayeux y Coutance, y los principales ciudadanos, los cuales arengaron al príncipe á la puerta de la ciudad, apeándose luego este en la catedral, para dar gracias al Todopoderoso de unos triunfos en que era tan visible la protección del cielo á favor de la Francia. El general Talbot, que había quedado en rehenes, fué testigo de este espectáculo, como también la duquesa de Sommerset, que á pesar de las vivas diligencias que había hecho para salir de la ciudad, no pudo verificarlo á causa de las muchas dificultades que la ocurrieron, de modo que la fué preciso asistir á una ceremonia que debía lisongearla muy poco después de la indignidad con que había procedido contra la heroína suscitada por el cielo para preparar aquellos triunfos.

Luego que el rey estableció sus ministros en la ciudad y ordenó el gobierno que había de observarse en ella, quiso consumar su conquista sin perder un momento; y así, á pesar del rigor de la estación, mandó po-

ner sitio á la ciudad de Harfleur, plaza en extremo fuerte, y que no había sido comprendida en el tratado. Principió el ataque el día 8 de diciembre con doce ó quince mil hombres y se la batió con diez y seis cañones de grueso calibre, continuando el bombardeo hasta el 24 del mismo mes, en que capitularon los sitiados. Se rindió la plaza el día primero de enero (1450) y quedó concluida la campaña. Habiendo vuelto á empezar la guerra en la primavera, tuvieron al principio algunas ventajas los ingleses, pues con los refuerzos que recibieron de su isla, sitiaron y tomaron á Valoña, situada á lo último de Normandía. Esta victoria infundió grande aliento á Tomás Kiriell que mandaba en lugar de Talbot, el cual estaba todavía en rehenes, porque el gobernador de Honfleur no había querido entregar esta ciudad según el tratado de Rouen.

Con las tropas que había llevado de Inglaterra el nuevo general, y con las que sacó de las guarniciones inmediatas, formó un cuerpo de ejército de seis á siete mil hombres, con los cuales emprendió continuar la campaña. Después de varias marchas y de algunas ventajas, se acampó en la aldea de Fourmigni, entre Bayeux y Carentan, donde recibió algunos refuerzos de Inglaterra que solo sirvieron para redoblar el ardor de los franceses. El conde de Clermont, príncipe joven de grandes esperanzas, se separó del ejército que mandaba el condestable, empeñó la acción, y hubiera quedado vencido á no haber acudido el condestable en tan buen orden y con tal presencia de ánimo, que consternados los ingleses solo pensaron en retirarse. Habiéndolo ejecutado ya como unos mil de ellos, y esforzándose los demás para volver á ocupar sus líneas, acometió el condestable á la que tenía enfrente, y de los de ella quedaron muchísimos en el campo de batalla ó prisioneros.

Se unió después con el conde de Clermont, y se precipitó con tanta viveza el senescal de Brece sobre la otra ala, que en pocos momentos se halló la tierra cubierta de cadáveres. Sin embargo, habiendo vuelto los ingleses á recobrar sus atrincheramientos, pasó el condestable el arroyo y puente que les servían de defensa, y los acometió con tanto impetu y constancia, que los derrotó á las tres horas de combate. Los ingleses tenían mas de siete mil hombres, y los franceses eran como unos tres mil y quinientos; pero el espíritu que había reanimado entre ellos la Pucella ó el ángel tutelar de la Francia no había muerto con esta heroína, á la cual vengaba el cielo en todas ocasiones con la humillación de sus asesinos. Dice el historiador Juan Chartier, que en esta batalla no perdieron los franceses mas que ocho hombres, y que por parte de los ingleses hubo tres mil y setecientos á ochocientos muertos, y mil y cuatrocientos prisioneros, entre ellos el general Kiriell y la mayor parte de los oficiales mas distinguidos.

Después de esta victoria fueron reconquistadas sin dificultad todas las plazas que todavía tenían los ingleses en la Normandía baja, adonde fué el rey á gozar en persona de esta continuación de triunfos. El condestable sitió y tomó la ciudad de Vire: Bayeux se rindió al conde de Clermont: Avranches fué conquistada por el duque de Bretaña, y todas las demás plazas inmediatas, á escepcion de Cherburgo, recibieron con la misma rapidez la ley del vencedor. Carlos VII, no pudiendo menos de conocer en todas estas victorias el brazo del Todopoderoso, quiso que en acción de gracias se hiciesen procesiones en toda la extensión del reino, siendo muy notable la de Paris, en que iban de dos en dos doce mil niños y niñas de siete á once años, cada uno con su vela encendida, habiendo salido de la

iglesia de los Santos Inocentes, y entrando en la de Nuestra Señora.

Cuatro plazas nada mas quedaban ya á los ingleses en Normandía, esto es, Caen, Falaise, Domfront y Cherburgo, pero muy fortificadas y con buena guarnición. Se principió por el sitio de Caen, donde se había encerrado el duque de Sommerset con cuatro mil hombres de su nación. El conde de Clermont, el condestable, el conde de Dunois y el rey mismo con todos los señores que tenían reputación de inteligentes y esforzados, se hallaron en esta empresa importante. Sus fuerzas, muy considerables para aquel tiempo, llegaban á quince mil hombres; pero la fortuna de Carlos VII, ó por mejor decir la Providencia, sirvió mucho mas á este príncipe que todos los recursos ordinarios. La explosión de una mina en que voló una torre consternó de tal modo á los sitiados, que figurándose que iba á ser tomada la plaza por asalto, pidieron capitulación. Se estipuló que los ingleses entregarían al rey el castillo y la ciudad; que el duque y todos los ingleses, sus mugeres é hijos saldrían con sus bagages, á escepcion de la artillería, para retirarse á Inglaterra, y no á otra parte; que se les darían carros y navios, para cuya seguridad dejarían ellos rehenes; que devolverían todos los prisioneros; y en fin, que declararían libres á los habitantes de la ciudad de cualquier deuda que tuviesen á favor de los vencidos.

El mismo día en que el rey hizo su entrada en Caen, que fué el 6 de julio, acometió á Falaise el valiente Saintrailles y la rindió en cuatro días. Se necesitaron diez para reducir á Domfront. Poco mas resistió Cherburgo, á pesar de que se tenía por inconquistable, porque contra toda esperanza se fijaron baterías por la parte del mar en la playa que quedaba cubierta dos veces al día con la marea: lo que desalentó de tal manera á los sitiados, que inmedia-

tamente pidieron capitulación. Con la conquista de esta última plaza se halló Carlos VII dueño de toda la Normandía en el espacio de un año; y para eternizar los testimonios de su gratitud religiosa, mandó que se hiciesen anualmente procesiones generales en el mismo día en que se había rendido Cherburgo.

Aun costó menos la Guiena que la Normandía. Los condes de Dunois, de Clermont, de Foix y el señor de Albret, se apoderaron de muchas fortalezas por sí mismos y por medio de sus subalternos, derrotaron á los ingleses en varios encuentros, y obligaron por último á los habitantes de Burdeos á conocer y respetar la autoridad de Carlos VII. Como los burdaleses estaban acostumbrados á una especie de independencia, bajo la larga dominación de los ingleses, los cuales estaban tan distantes de ellos que solo podían tenerlos subordinados á fuerza de escésivas condescendencias, el rey, que por otra parte era muy benéfico, les conservó todos sus privilegios y los eximió de todo género de contribuciones. No contento con esto, se obligó á establecer en la ciudad un tribunal supremo y un juzgado de la casa de moneda. El ejemplo de este buen tratamiento no bastó para que se rindiese la ciudad de Bayona, que era la única plaza que tenía ya en la Guiena el rey de Inglaterra. Fué necesario sitiárla en forma, y acercarse, ganando el terreno á palmos, á un arrabal de que se apoderaron á viva fuerza las tropas de Carlos. Entonces pidieron capitulación los sitiados, ya porque temiesen un asalto, ó ya porque mirasen como señal de la voluntad divina una cruz blanca, que estando el tiempo claro y sereno se dejó ver en el cielo por espacio de mas de media hora, poco despues de haber salido el sol, si hemos de dar crédito á algunos historiadores (1). De este fenómeno, añaden,

(1) J. Chart; Mat. de Cour. hist. c. 7.

inferieron los sitiados que el cielo les mandaba dejar la cruz encarnada del partido inglés, y seguir el partido francés figurado en la cruz blanca. Les costó cuarenta mil escudos de oro la obstinación con que se habían resistido; y el gobernador con toda la guarnición quedó prisionero de guerra (1451).

De este modo redujo Carlos VII á su obediencia en menos de dos años las dos provincias de Guiena y Normandía, y generalmente todo el reino, á escepción de Calais y algunas plazas del Boloñés. Despues del auxilio de lo alto que se manifestó visiblemente, influyó mucho en esta revolución tan considerable y tan rápida la dulzura y bondad del rey, su valor, la exacta disciplina que hacia observar en sus ejércitos, la paga puntual de la tropa, la abundancia de todo género de provisiones y municiones, y especialmente la institucion de las compañías de ordenanza, las cuales suministraban buenas tropas, dispuestas siempre á ponerse en marcha. Los ingleses redoblaron sus esfuerzos dos años despues, y consiguieron que se rebelase Burdeos, con otras muchas plazas; pero solo sirvió esto para ofrecer materia de nuevos triunfos á Carlos el Victorioso. Todas estas plazas se rindieron de grado ó por fuerza, y se hicieron en algunas de ellas varios ejemplares de severidad para inspirar horror á la rebelión. Se dieron algunas batallas, en las que siempre vencieron los franceses. El famoso Talbot, su mas formidable enemigo, aunque de edad muy avanzada, quedó muerto en la de Castillon, cerca del rio Dordoña. Se perdonó á la ciudad de Burdeos; pero con la condición de que saliesen desterrados perpétuamente veinte señores del país, elegidos por el vencedor, en castigo de su rebelión. Así fueron arrojados para siempre los ingleses del territorio francés, de suerte que queriendo invadir el reino, quedaron despojados de sus

antiguas posesiones sin esperanza de volver á ellas jamás.

En el año 1451 envió el Papa á San Juan de Capistrano á Alemania (1). Era ya menos feroz ó mas tímida la secta de los husitas en Bohemia, pues no eran asesinados los sacerdotes, ni despojados los católicos, y aunque no se respetaba mucho mas la voz de la ortodoxia, podia al menos oírse sin ocasionar nuevos trastornos. Creyó el Papa que era aquella la ocasión mas propia para declarar la guerra á la hipocresía despues del escándalo, y no halló persona mas á propósito que Capistrano para esta comisión enteramente apostólica. Era este el digno discípulo de San Bernardino de Sena, distinguido por el celo con que promovió la estrecha observancia de los frailes menores, de quienes era vicario general, de una fé experimentada en la persecucion de los hereges fraticelos, escritor célebre, predicador vehemente, y hombre poderoso en obras y en palabras. Aunque no le condecoró el Papa con el título de legado, le dió amplias facultades para atar y desatar, para absolver de todo género de censuras, y aun para conceder indulgencias. En todas partes fué recibido con un respeto que pocas veces se había manifestado aun á los nuncios mas ilustres de los Sumos Pontífices.

Es indecible el ardor con que acudian los pueblos á los parajes donde se le esperaba. Le salían al encuentro las ciudades enteras: sembraban de flores los caminos por donde había de pasar: se juntaban para oírle en las plazas públicas y en medio de los campos; y se dice que su voz, animada de una fuerza sobrehumana, era oída á un mismo tiempo por mas de ochenta mil personas. Al menos todos lloraban en aquellas asambleas

(1) Æn. Sylv. Ep. 409; Michou. l. 4, c. 59.

inmensas; todo era gritos y sollozos: los infelices consolados, los enfermos curados de repente daban gracias á Dios, y aun en los mas endurecidos se advertían señales de compunción. Sesenta personas de la universidad de Leipsick le pidieron el hábito de su orden, el cual los transformó al momento en dignos cooperadores de su apostolado.

En Moravia convirtió tantos husitas, que el arzobispo intruso Roquesana temió ver aniquilada la secta que era todo su apoyo. Para desacreditar al misionero y contener sus progresos, usó de esta superchería. Habiéndole convidado á una conferencia, que aceptó desde luego aquel hombre sábio, se puso de acuerdo con Pogebrac, gobernador del reino, para que la frustrase, pero de modo que se creyese que el Santo había procurado evadirse de entrar en la lid. No quiso darle el gobernador el pasaporte, y por mas que se quejó Capistrano, escribiendo con energía á los nobles bohemios y al mismo Pogebrac, Roquesana y sus partidarios publicaron que el atleta romano había huido de un combate para el cual no se sentía con bastantes fuerzas. Se defendió Capistrano con un tratado que compuso contra Roquesana, en el que, á ejemplo de San Pablo, ensalzó en gran manera lo mucho que había trabajado por el Evangelio; pero con esto no logró mas que irritar la malignidad de Roquesana, sin hacer grandes progresos en las cosas concernientes á la Religión.

Casimiro IV, rey de Polonia, le hizo las mas eficaces instancias para que pasase á sus Estados, y diese á conocer la verdad á sus vasallos los lituanos y rusos, que habían abrazado el cisma de los griegos. «Venerable Padre nuestro (le decía), han llegado á nuestra noticia las maravillas que haceis en Bohemia. ¿Y quién podrá ignorar unos sucesos que esceden á todo lo que han hecho con sus

armas los emperadores? Estaba reservada para vos la conversion de estos pueblos intratables. Venid pues ahora á lograr unos triunfos, no menos dichosos y mucho mas fáciles, pues hallareis en nosotros cuanta docilidad pudiérais apetecer. Ya hace mucho tiempo que la Polonia es sólidamente cristiana y respeta muy de veras á la Silla Apostólica. Mi padre Uladislao destruyó enteramente el paganismo entre los lituanos, y si algunos de estos, con sus vecinos los rusos, siguen todavía los errores de los griegos, será fácil desengañarlos. Es está una nacion poco civilizada, pero sencilla y de buena fé, amante de la verdad y que solo necesita instruccion. Es dudoso que Capistrano pasase á Polonia. Este reino fué asolado poco despues por Batucan, emperador de los tártaros del Capsat, principe descendiente de Genghis-can, y nada inferior á este en valor, el cual arrasó la Polonia, subyugó á los rusos ó moscovitas, como tambien á los búlgaros, y se dirigia á Constantinopla cuando le sorprendió la muerte en medio de sus conquistas. Sucedióle su hijo Bereke-can, que abrazó el mahometismo. Antes de las conquistas de los rusos, todavía reinaba su posteridad en la Crimea bajo la proteccion del Gran Señor.

Nicolao V envió tambien á Alemania al cardenal de Cusa, en calidad de legado, á fin de negociar una paz sólida entre los principes, y exhortar á los fieles á que socorriesen con sus limosnas á los griegos y á los demás pueblos amenazados de los turcos. Las indulgencias publicadas con este motivo produjeron muy abundantes limosnas, por lo menos al principio. La Polonia, que no tenia menor interés en reprimir la codicia musulmana, no necesitó de las exhortaciones del cardenal para evitar los peligros á que estaba espuesta la Religion en aquel reino, el cual contaba entonces entre sus principales prelados á Shigneo, obispo

de Cracovia, tan generalmente estimado, que el Papa Eugenio y el antipapa Felix le habian conferido como á porfia la dignidad de cardenal.

Shigneo estaba muy distante de pecar de condescendiente cuando se trataba de los intereses de la Religion. Habiendo enviado los sectarios de Bohemia una embajada muy agradable al rey de Polonia, que esperaba grandes ventajas de su alianza, y habiéndolos admitido á su comunión los obispos polacos que se hallaban en la corte, no solo rehusó el de Cracovia comunicar con ellos, sino que suspendió los divinos oficios en esta ciudad cuando pasaron por ella para restituirse á su pais. Irritado el rey, le amenazó con un destierro; pero le respondió el obispo que todas las desgracias y la muerte misma, padecidas por la Religion, serian para él un motivo de alegría. En efecto, aunque tuvo noticia de que el rey habia mandado que le asesinasen, ni se rodeó de guardias, ni tomó ninguna otra precaucion la noche en que se habia de dar el golpe, antes bien durmió en el mismo cuarto y en la misma cama, y sin esperar á que amaneciese fué á la iglesia á maitines, acompañado, como tenia de costumbre, de un solo sacerdote y de un muchacho que los alumbraba. Cuando este magnánimo y prudente prelado solicitó el jubileo para los polacos y lituanos, suplicó al Papa Nicolao que dispensase á estos pueblos de la peregrinacion de Roma, con la precisa condicion de que todos y cada uno habian de dar á los cuestores la mitad de lo que habrian gastado en el viaje; lo que concedió el Papa con mucho gusto, atendiendo á que habia ya ejemplares de esta prudente dispensa, que para los pueblos distantes ha venido á ser ya una práctica ordinaria. No hubo motivo para quejarse de esta propuesta, en vista del cálculo que se hizo de la suma que resultaria de aquellas contribuciones

(AÑO 1451)

voluntarias, y resultó luego ser tan considerable que se la redujo á una cuarta parte en lugar de la mitad, y aun así completó la cantidad necesaria para el objeto á que se destinaba (1).

Las inquietudes y movimientos de la cristiandad procedian del carácter del sultan que acababa de reemplazar á Amurates (1451) (2). Mahomet II, el único hijo que le habia quedado y fué su sucesor, el cual, segun dicen, habia nacido de madre cristiana, hija del déspota de Sérvia, que podría haberle inspirado sentimientos favorables á los cristianos, mostraba unas inclinaciones funestas, y especialmente terribles á la Religion de la que le habia dado á luz. Al odio implacable y como natural con que miraba á los cristianos, añadía todas las cualidades que podian hacerle capaz de producir los mas tristes efectos; pues habia recibido de la naturaleza un cuerpo robusto y de una fuerza prodigiosa, propio para todas las fatigas y hazañas militares, un temperamento fogoso, y un genio precipitado y violento. Tenia un entendimiento despejado y perspicaz; era esacto en sus proyectos y providencias, fecundo en recursos, sagaz y disimulado, de un acierto singular cuando no se dejaba llevar del furor de sus pasiones; intrépido, emprendedor, insaciable de gloria, y tan afortunado, que todos aquellos para quienes la fortuna no es una cosa puramente fortuita, hubieran creído que la tenia á sus órdenes. Pero por mucha que fuese su felicidad y grande valor, tuvo tambien mucha parte su política y su prudencia en lo prodigioso y casi increíble de sus expediciones, esto es, en la conquista de dos imperios, de doce reinos, y de doscientas ciudades de solos los cristianos.

(1) Michou. *L. A.*, c. 39; Gron. *l.* 22.

(2) *Hist. Bran. et Duc. passim.*

Era bastante instruido, si se atiende á que estaba siempre al frente de sus ejércitos, y á que era un mahometano, gente á quien está prohibido el estudio. Por tanto miraba al Coran como una necedad, y cuando hablaba de Mahoma con sus confidentes, le trataba de gefe de bandidos. Sabia perfectamente cinco lenguas, además de la de los turcos; esto es, la griega, la latina, la árabi-ga, la caldea y la persa. Además de la ciencia de la guerra, que supo por principios y por esperiencia, estaba instruido en las matemáticas, en la astronomía, ó por mejor decir, en la astrología y en la historia de los hombres célebres de la antigüedad, de cuyas virtudes y hazañas procuraba ser émulo. Despreciaba todas las religiones; no adoraba otra divinidad que la fortuna; no conocia otra providencia que el cuidado que tiene cada uno de sí mismo, no tenia mas ley que su alfange, ni mas regla de sus acciones y conducta que su interés, su grandeza y sus placeres. No cumplia palabra alguna, tratado ni juramento, sino en cuanto podian conducir al logro de sus designios, siendo estos los motivos interesados de algunos actos de justicia, de liberalidad y de proteccion con los literatos, en medio de los vicios que le dominaban. No obstante la filosofía de que se preciaba, pasó, como otros muchos, desde la incredulidad á la supersticion, y encaprichado con la astrología, erigió una columna misteriosa contra las serpientes, y dispuso al mismo tiempo que, bajo el influjo de ciertas constelaciones, se fundiese una estatua ecuestre contra la peste. Su libertinage, su crueldad y el desenfreno de todas sus inclinaciones perversas, igualaron á la depravacion de su ánimo. Hizo quitar la vida, entre otros, á los principes de Bosnia y de Metelin, contra la palabra que habia dado con toda la solemnidad imaginable; y mandó que en su presencia abriesen el vientre á catorce pages